

MI ÚLTIMO VERANO

DAVID ALMOND



1

Empieza y termina con el cuchillo. Lo encuentro en el jardín. Estoy con Max Woods. Andamos por ahí buscando tesoros, como hacíamos cuando éramos pequeños. Igual que siempre, no encontramos más que piedras, raíces, polvo y gusanos. Pero, de pronto, ahí está, justo debajo de la superficie, un cuchillo con el mango de madera en una funda de cuero. Lo extraigo de la tierra. La curvada hoja ha perdido el lustre, el mango está sucio, y la funda, oscurecida y rígida, ha empezado a pudrirse.

Lo celebro con una carcajada triunfal.

–¡Al fin, un tesoro!

–¡Bah! –exclama Max–. Es solo un viejo cuchillo de podar.

–¡Nada de eso! Apuesto a que es de los antiguos romanos o de los clanes de la frontera escocesa. ¡Es un arma de guerra!

Lo levanto y lo apunto hacia el sol.

–Yo os bautizo como... ¡*Emisario de la Destrucción!* –proclamo.

Max refunfuña y bizquea. Hincó el cuchillo en la tierra para limpiarlo. Lo froto con la hierba. Escupo en la hoja y la restriego con la mano. Intento afilarla sirviéndome de una piedra.

En ese momento, un pájaro bate las alas entre la hierba, a pocos metros de donde nos encontramos.

–Hola, cuervo –le digo.

–Es una grajilla, chico de ciudad –me recrimina Max. Imita el graznido del ave–. ¡Croaj, croaj! ¡Croaj, croaj!

La grajilla brinca y le responde graznando.

¡Croaj, croaj! ¡Croaj, croaj!

–Está buscando lombrices –señala Max.

–No. ¡Ahí hay algo que reluce! ¡Ha encontrado oro romano! ¡Mira, fíjate!

Me paso un rato escarbando como un poseso. Acuchillo la tierra con violencia creciente. Luego, se me resbala la mano y descubro que estoy sangrando por la muñeca. Grito y, acto seguido, riéndome de mí mismo, presiono con un dedo la pequeña herida.

Max vuelve a refunfuñar.

–A veces pienso que estás majara –dice.

–Yo también –admito.

Nos quedamos tumbados en la hierba, admirando el cielo. El verano no ha hecho más que empezar, pero el sol cae a plomo desde hace semanas. La tierra se ha endurecido, y la hierba comienza a secarse. Será el más cálido de todos los veranos, y lo peor es que los veranos serán cada vez más cálidos. El polvo y la tierra han formado una costra que me recubre las manos y los brazos. Se ha mezclado con la sangre de la muñeca, oscura y espesa, y ahora parece un mapa o un cuadro.

Un avión a reacción pasa atronando el cielo, y luego otro, y después otro más.

–¡Fuera de aquí, malditos! –grito.

Los amenazo con el cuchillo mientras rasgan el cielo hacia el este y se pierden en el horizonte tras sobrevolar la muralla de Adriano y la capilla de Saint Michael and All Angels.

Mis heridas vuelven a sangrar. Necesito una tirita. Nos levantamos y nos encaminamos a la casa.

–Es todo tuyo, grajilla –digo.

Creo que el pájaro va a meterse en el agujero, pero no lo hace. Levanta el vuelo, pasa por encima de donde estamos y aterriza unos metros más allá, tras lo cual nos mira y vuelve a volar. Una vez en tierra, nos mira una vez más.

–Es posible domesticarlas, ¿sabes?

–¿De verdad?

–Sí. Teníamos una cuando yo era pequeño. Era genial; vivía en el sendero de detrás, venía a la puerta a buscar comida y se te posaba en la muñeca. ¡Croaj, croaj! Qué gracia. Se llamaba Croaj.

–¿Qué le ocurrió?

–Le disparó Joe Bolton –agarra una pistola imaginaria–. ¡Pum! Dijo que intentaba anidar en su chimenea. Pero yo creo que le apeteció disparar porque sí. ¡Pum!

Corre hacia la grajilla agitando los brazos, y el ave huye volando hacia el cielo.

–¡Vete! ¡Vamos, piérdete! ¡Fuera!

Encuentro las tiritas en el interior de la casa. Me quito la tierra y la sangre de la herida con un paño de cocina, y después la cubro con una tirita. Todavía queda suciedad en la hoja del cuchillo, así que la lavo con agua y jabón. La afilo con el afilador situado en la pared de la cocina. Rocío el mango con abrillantador para muebles y lo froto. Hago lo propio con la funda, que ablando retorciéndola y estirándola. Sonrío.

–Muy bien –juzgo.

Ensarto la funda en el cinturón, y el cuchillo se me queda colgado de la cadera.

–¿Qué te parece? –le pregunto a Max.

–Van a detenerte –responde él–. Eso es ilegal.

Me río.

–¿Un cuchillo de podar? ¿Ilegal?

Lo tapo con la camiseta para esconderlo.

–¿Mejor así? –inquiero.

Me hago con un poco de pan, queso y limonada, y vamos a sentarnos en el banco de la puerta trasera. La graji-lla ha ido a encaramarse a uno de los postes de la entrada.

¡Croaj, croaj! ¡Croaj, croaj!

Aguijonea el aire con el pico, retándonos. Aletea, salta y se sacude.

–Pero ¿qué es lo que quieres? –le espeto con tono burlón.

¡Croaj, croaj! ¡Croaj, croaj!

Desde el piso de arriba, nos llega el zumbido de una impresora. Es papá, trabajando como siempre. Levantamos la mirada y nos fijamos en su ventana, que está abierta.

–¿Qué está escribiendo ahora? –pregunta Max.

–No sé. No dice nada hasta haberlo terminado.

Comemos y escuchamos.

–Qué raro –opina Max.

Bebo un sorbo de limonada y me seco los labios con la muñeca.

–Sí. A veces, es como tener un fantasma en casa. Venga. Vamos a dar una vuelta, ¿vale?

Y así, salimos del jardín.

2

Llegamos al sendero que rodea la casa y tomamos la larga y bacheada carretera que conduce al pueblo. Un excursionista con gorra roja camina delante de nosotros. Hay niños en el campo adyacente a la escuela del pueblo. Alguien grita como si se hubiera hecho daño. Luego se oyen vítores y un coro de risotadas. Un grupo de niños se separa del resto y echa a correr colina arriba, hacia Great Elm.

–¿Vamos con ellos? –sugiero.

–No sé –contesta Max.

Nos encontramos a Gordon Nattrass en el borde del campo. Tras reparar en nosotros, salta la valla y se nos acerca. Lleva una sierra oxidada en la mano.

–Hola, hermanos –dice.

Hermanos. Lo dice siempre.

–¿Qué hacéis, hermanos? ¿Adónde vais?

–Nada –contesta Max.

–A ninguna parte –respondo yo–. ¿Y tú? ¿Qué haces? Sonríe con aire de mofa.

–Pues pasármelo pero que muy bien –afirma–. ¿Por qué no os venís, eh?

Nos ensordece un nuevo avión que raya el cielo y desaparece por el este.

–¡Bombardeadlos hasta dejarlos en la Edad de Piedra! –aúlla Natrass, y escupe–. ¡Vamos! –insiste.

Voy a ir con él, pero Max me retiene.

–Igual más tarde –dice.

Miro a Max. Miro a Natrass. De pequeños, los tres éramos amigos. Un día incluso nos hermanamos haciéndonos un corte en el dedo, uniendo las heridas y permitiendo que nuestras sangres se mezclaran. Palpo el cuchillo mientras lo recuerdo. Sin embargo, aquello fue hace mucho. Él comenzó a cambiar, a convertirse en el Natrass de hoy.

Natrass me guiña un ojo.

–Como quieras, hermano –dice–. Entonces nos vemos más tarde. Te estaré esperando.

Se coloca el filo de la sierra en un costado del cuello y finge cortarse la cabeza. Tras soltar una carcajada, corre al campo, y pronto vuelven a oírse más gritos.

–Es odioso –masculla Max.

–Estoy de acuerdo –coincido.

Caminamos hasta la iglesia. La entrada del cementerio está atestada de flores que se pudren y hieden, y hay avispas registrando la cara interna del celofán que envuelve los ramos. Dave Dodd está enterrado hasta el pecho, cavando con brío una nueva sepultura. Al vernos, nos hace un gesto con la pala.

–¡Venid aquí a echaros, muchachos! –grita–. ¡Me aseguraré de cubriros bien!

Al cabo de unos momentos, Max dice:

–¿Será posible?

Se trata, una vez más, de la grajilla, que se ha adueñado de una de las ramas del árbol bajo el que pasamos.

¡Croaj, croaj! ¡Croaj, croaj!

–No será la misma, supongo –digo–. ¿Qué opinas?

–Yo diría que sí lo es –afirma Max.

Echa a volar y se detiene un poco más allá, tras lo cual repite la maniobra. El senderista que iba por delante de nosotros también se ha parado. Se da la vuelta para mirarnos protegiéndose los ojos con la mano. A tanta distancia, resulta difícil saber si es un hombre o una mujer.

–¿Qué quieres, a ver? –le pregunto al pájaro.

Max hace una mueca.

–Está claro. Alguien la ha domesticado –asegura.

Observamos la trayectoria de su vuelo. Va a The Bull, el *pub*, se posa en un muro y se queda quieta, como si estuviera esperando.

–Qué raro –opino.

–Sí. Rarísimo.

Mientras miramos, pasa a nuestro lado, rugiendo, un camión militar. Los soldados que ocupan la zona de carga no deben de ser mucho mayores que nosotros. Nos miran con expresión burlona.

–¡Enrolaos en el ejército, chicos! –grita uno.

–¡No hay una vida mejor! –nos dice otro–. ¡Haces amigos de verdad! ¡Ves mundo! ¡Aprendes a mutilar y a matar!

Los vemos alejarse. Irán a Otterburn, donde están los campamentos, las zonas de maniobras y los campos de tiro, a hacer sus simulacros de guerra.

La grajilla nos conduce por un camino entre dos casas cercanas al *pub*. Va dando largos saltos con las alas extendidas, casi volando. Sus graznidos rebotan en los muros, y también el sonido de sus aleteos. Salimos a Droghan's Field y nos alejamos de las casas en la dirección de Benner's Brook. Nos detenemos en el pequeño puente de madera. El pájaro está en el bosquecillo que hay al otro lado, en un

sendero que serpentea entre los abedules. Alcanzamos a distinguir la gorra del caminante entre las frondas.

Escupo al agua y me quedo mirando cómo la corriente se lleva los pequeños jirones de saliva.

¡Croaj, croaj! ¡Croaj, croaj!

–¡Calla! –le grita Max a la grajilla.

Un nuevo avión surca el cielo, esta vez a lo lejos. Cierro los ojos, dirijo el rostro hacia el sol y noto el calor de sus rayos. ¿Cómo serán los veranos cuando lleguemos a mayores y tengamos hijos propios? ¿Se pelearán la familia de Max y la mía por el agua, tal y como hacían las familias de antes por las ovejas y las vacas? Me imagino enfren-tándome con él, luchando a muerte junto a un pozo.

¡Croaj! ¡Croaj! ¡Croaj!

–Deberíamos volver –observa Max.

–Sí. Esto es una estupidez.

Sin embargo, regresar no parece una estupidez menor.

Jugamos a tirar palitos desde el puente, como antes: los arrojamamos al agua de una patada y contamos los segundos que tardan en aparecer por el otro lado. Tomo el cuchillo y grabo nuestras iniciales en el listón de la barandilla del puente. Allí se quedan junto a muchas otras, ya medio desvaídas, de niños que han ido haciendo lo mismo a lo largo de los años.

¡Croaj, croaj! ¡Croaj, croaj!

Sin nada mejor que hacer, cruzamos el bosquecillo y andamos hasta el campo de más allá, en donde un carnero nos clava la mirada mientras las ovejas, tontas y asustadizas, balan y se dispersan. Luego atravesamos Castle Lane y trasponemos la entrada de una vieja senda de forajidos que desciende hacia el río. La pendiente es muy pronunciada y el suelo, irregular y accidentado. Por si fuera poco, topamos con metros y metros de alambre de espino enro-

llado en los cascotes que han ido cayendo de una muralla antigua. Los torreones del castillo sobresalen río arriba. Max me sujeta el brazo y me obliga a frenar.

–Mira dónde pones el pie –susurra.

Hay una víbora tomando el sol un poco más allá. Ovi-llada sobre la hierba, tiene el cuerpo del color del óxido y una línea de rombos negros a lo largo del lomo.

–Hola, serpiente –murmuro.

Me agacho y la contemplo. La encuentro hermosa.

Max pisotea el suelo, y la serpiente se desenrosca. Le- vanta la cabeza y, tras echarnos un vistazo, se desliza entre dos piedras y desaparece bajo tierra.

–Qué preciosidad –susurro.

¡Croaj, croaj! ¡Croaj, croaj!

Aquí abajo hay una gran piedra decorada con grabados muy antiguos: laberintos, puntos, círculos y espirales tra- zados por gentes olvidadas de épocas olvidadas.

¡Croaj, croaj! ¡Croaj, croaj!

Seguimos la llamada. Hay una antigua casa de labranza llamada Rook Hall; un edificio fortificado con aspilleras por ventanas. Los lugares así se construyeron en tiempos de carnicería y pillaje. Los granjeros guarecían en ellos a sus familias y animales cuando los forajidos bajaban hacia ellos desde el norte. Las puertas desaparecieron hace siglos. La techumbre se ha desmoronado. Más abajo está el río y, detrás de la orilla opuesta, el páramo, la tierra baldía. El sendero tuerce al llegar allí, y vira hacia el norte con el cauce del río. El caminante está sentado en la ribera con la cabeza gacha y la mirada fija en las aguas. El calor hace que el aire tiemble junto a la superficie del río. La grajilla está posada sobre uno de los maltrechos muros de Rook Hall. El silencio es total. Aquí, entre agua, piedras, árboles y pája- ros, todo es muy antiguo. Hay peces en el río, serpientes

en la tierra, criaturas por todas partes, mirando y escondiéndose, temblorosas y asustadas.

Max y yo solíamos hablar de lo que haríamos si ocurriera lo peor, si los desastres que asolaban el mundo llegasen a Northumberland. Hablábamos de las aventuras que viviríamos del mismo modo en que lo haría un par de niños pequeños. Viajaríamos con una tienda, hacia el norte. Llevaríamos armas, cañas de pescar y trampas. Cazaríamos, pescaríamos y nos mantendríamos ocultos. Quizá encontraríamos a otros niños a los que unirnos. Iniciaríamos una nueva sociedad, aquí, en Northumberland. Haríamos del mundo un lugar mejor, más próximo a la naturaleza: no habría violencia, ni guerras, ni tampoco basura. En un par de ocasiones, incluso llegamos a ponerlo en práctica. Nos pasamos varios días caminando hacia el norte por viejos senderos. Encontramos buenos escondites, cobijos cercanos a arroyos, lo bastante lejos de los lugares de paso para que nadie los descubriera y, al tiempo, lo bastante cerca para facilitar el avistamiento de extraños o perseguidores. Llevamos nuestras fantasías hasta tal punto que almacenamos algunas cosas en ciertos lugares: latas de comida, brújulas o cuchillos, por si acaso se cumplían las peores previsiones.

Ahora, Max se ríe de todo eso. Le hace gracia lo bobos e infantiles que éramos entonces, pero a mí me parece que no ha pasado tanto tiempo. Sigo teniendo los mismos sueños. Sueño que la guerra al fin nos alcanza. Corro y me escondo de camino al norte, yo solo. Entro en uno de nuestros escondrijos y levanto la gran piedra que oculta las cajas apiladas.

¡Croaj! ¡Croaj!

El graznido se ha vuelto más potente e insistente. La grajilla planea hasta tomar tierra en medio de la ruinosa casa.

¡Croaj! ¡Croaj! ¡Croaj! ¡Croaj!

Escudriñamos las tinieblas. El ave mueve las alas furiosamente. Max y yo sabemos que tenemos miedo, y ambos tenemos miedo de admitirlo.

Max se lame los labios.

–¡Maldita sea! –lamenta–. ¡Es solo un pájaro!

Me llevo una mano al cuchillo y lo desenvaino. El mango está hecho a la medida de mi mano. Gateamos sobre los escombros, pero la grajilla lanza un último graznido y sale volando hacia el cielo. Ha vuelto a escapársenos.

No podemos evitar las carcajadas. El corazón me late aprisa.

–¡Somos unos idiotas! –exclama Max.

–¡Sí! –digo–. ¡No es más que un pajarito de nada!

–¡Creía que íbamos tras él! –se burla Max.

Pero entonces nos callamos. Captamos un sonido muy débil que procede de algún rincón de Rook Hall.

No vamos a marcharnos. No vamos a correr. Nos abrimos camino entre los cascotes y los excrementos de oveja siguiendo la dirección de la que provienen los sollozos. Lo encontramos sobre un cúmulo de piedras rotas. Es un bebé envuelto en una manta marrón en el interior de una cesta. Hay una nota garrapateada prendida en la manta: POR FAVOR, CUIDEN DE ELLA. ES UNA HIJA DE DIOS. A su lado hay un tarro de mermelada lleno de billetes y monedas.